PRESENCIA

PERSPICACIA JUDIA

El señor Presidente se ha explayado con "las fuerzas vivas de la colectividad israelita" (*Democracia*, 6.7.51). Acudieron éstas a expresarle que "los judíos no podían permanecer impasibles por más tiempo al clamor del pueblo que exige la reelección por un nuevo período constitucional de su genial conductor" (*ibid.*). Y el Presidente les ha dicho: "El hombre es el primer animal que ha aprendido a engañarse a sí mismo. Por eso, esa profunda comprensión que yo he apreciado en muchos hombres con quienes he conversado, indica que entre ustedes hay muy poca gente que se engañe a sí misma" (*ibid.*).

Y tanto no se engañan que, a través de la O.I.A., han respondido al acercamiento que, según manifestaciones del mismo Presidente, les fué ofrecido. Dijo éste en efecto: "...hemos buscado un acercamiento y lo hemos buscado ostensiblemente..." (*La Nación*, 6.7.51).

Los judíos han respondido después de comprobar la efectividad del acercamiento. "Creo —ha dicho el Sr. Presidente— que en este año hemos progresado bastante en ese sentido y espero que en lo futuro progresemos más y más rápidamente. Hoy nos conocemos mejor. Yo me explico perfectamente bien que al principio la colectividad estuviera un poco desconfiada de mí. Los hombres que tienen prudencia no se confían sino ante los hechos y ante las comprobaciones" (*ibid.*).

Después de esto, no puede sorprender que exteriorizaran "la opinión de los judíos de la Argentina los señores José Ventura y Moisés Slinin, quienes con ajustados conceptos pusieron de relieve las excepcionales condiciones en que los judíos, gracias a sabias previsiones de la Constitución Justicialista y al empeño personal del primer magistrado, podían colaborar al progreso y al engrandecimiento de la Argentina" (*Dem.*, 6.7.51).

En otras oportunidades hemos ponderado la perspicacia del señor Presidente en el conocimiento de los hombres. Y hoy hemos de ponderar la perspicacia de los judíos. Los judíos se han percatado de que bien merecen "irrefutables pruebas de la adhesión israelita" (*ibid.*) las gestiones cumplidas por el gobierno del General Perón.

PRESENCIA.



"PAZ" EN COREA

Es difícil emitir una opinión precisa y clara sobre los acontecimientos que está presenciando el mundo. Cuando se desató la guerra en Corea era manifiesto que entrábamos en una fase preliminar inmediata de la tercera guerra mundial. Esto continúa siendo verdadero aún ahora. Pero, por lo que hasta aquí conocemos, la iniciativa del momento y del lugar en que ella ha de comenzar parece pertenecer a Rusia. Lo que de la guerra de Corea ha dicho el jefe del Estado Mayor Conjunto, Gral. Omar Bradley, puede verificarse también de la Tercera Guerra Mundial: "Una guerra desacertada en un lugar inapropiado y en un momento inoportuno".

En tren de echar culpas, no se sabe por dónde comenzar. Hoy es más claro que hace un año que los pueblos anticomunistas —llamémoslos de alguna manera— se hallan en un estado deplorable de desunión y desprovistos de todo espíritu de lucha. Europa occidental quiere permanecer ajena al conflicto. Cansada de la guerra última, extenuada por sus efectos devastadores y desilusionada por sus magros resultados, se rehusa a ser convertida en campo de batalla para los terribles contendientes que la habrán de castigar sin piedad. El Asia, que ha sido inicuamente consumida por la obra "colonizadora" de Inglaterra, no se siente solidarizada con el Occidente, como para empuñar las armas en una causa común. Las palabras de Mac Arthur en su magnífico discurso proconsular del Senado de los Estados Unidos han expuesto con claridad la situación de esos pueblos. Conviene recordarlas como un reconocimiento de la excepcional clarividencia y espíritu de justicia del gran hombre norteamericano. "Explotados, dice allí, durante mucho tiempo por las llamadas potencias coloniales, con escasas oportunidades para lograr un grado cualquiera de justicia social, dignidad individual o una elevación del nivel de vida..., los pueblos de Asia vieron en la guerra terminada hace poco la ocasión de romper las cadenas del colonialismo y ven ahora el alba de una nueva oportunidad, una dignidad hasta ahora nunca senti-

da y la propia estimación que procura la libertad política".

De América Latina nada hemos de decir que no sea de sobra conocido. En mayor o menor grado se halla en la situación de los pueblos del Asia, con el agravante de que la proximidad y solidaridad geográfica, la coloca en un estado de aguda prevención contra los Estados Unidos.

Frente a la astuta política del comunismo soviético, que sabe sacar partido de todas las debilidades del campo adversario, sólo se halla una nación con voluntad y capacidad técnica para luchar y triunfar. Son los Estados Unidos de América. Otros pueblos hay también con voluntad para la lucha pero desprovistos de capacidad técnica propia. Son en primer lugar los pueblos como el de Ucrania, incorporados a las Repúblicas soviéticas, pero que mantienen infatigables una lucha desigual por una existencia independiente; es también España, que después de su experiencia de los horrores del comunismo, está dispuesta a cualquier sacrificio para combatirle; son también Turquía, Grecia, Japón y los pueblos musulmanes.

Al cabo de un año de la guerra en Corea, que debiera haber servido para retemplar la voluntad de lucha en contra del comunismo, se llega a la comprobación de que los pueblos se encuentran desunidos y desalentados como nunca. ¿Dónde buscar la causa de esta tremenda derrota moral? Creemos que su causa principal hay que buscarla, como lo hemos señalado en varias oportunidades, en los actuales directores de la política mundial. Nos referimos especialmente a la UN, y por lo mismo a los gobernantes actuales de los Estados Unidos, de Inglaterra y de Francia. Un pueblo hay con capacidad extraordinaria para la lucha anticomunista, que es el de los Estados Unidos. Y sin embargo, a través de la UN y del actual equipo gobernante norteamericano, actúa una influencia poderosa e invisible que tiene sujeto y maniatado a ese noble pueblo para impedirle, al parecer, seguir la ruta que la realidad de los hechos le señala. El tan sonado asunto Mac Arthur ha puesto una vez más en evidencia el poderío y los designios de esa fuerza.

Del relevo de Mac Arthur al apaciguamiento en Corea

El 11 de abril era relevado Mac Arthur de los altos cuatro cargos que desempeñaba en el Lejano Oriente. La razón más especiosa dada por Truman para justificar este relevo era la de "evitar el estallido de una tercera guerra mundial" (*La Nación*, 12.4.51). Pero como advertía Mac Arthur en su discurso ante el Senado, esta razón carecía de fundamento. Porque "la Unión Soviética no engranará necesariamente sus actos con nuestros movimientos. Cualquier enemigo potencial atacará más probablemente cuando entienda que la relatividad de las potencialidades militares y de otra naturaleza se halla a su favor sobre bases de amplitud mundial" (*ibid.*).

En realidad hoy aparece claro que aquel relevo de Mac Arthur no era ajeno al apaciguamiento con la Rusia Soviética que se está gestionando en estos momentos. No en vano unos días antes de aquel relevo rondaba por Washington el Presidente de Francia, Auriol, gran bonete de la masonería mundial. Y Paul Ramadier, en un comentario bajo el título "Las Naciones Unidas y Mac Arthur", publicado en *Democracia* el 23.4.51, se esforzaba por asentar la peregrina tesis de que "la guerra no puede ya modificar el mapamundi, así fuese para reparar una injusticia evidente y reconocida". Y continuaba: "si no fuese así quedaría abierta la puerta a la guerra preventiva y el mundo se deslizaría hacia un imperialismo que, no por ser internacional, dejaría de ser menos temible. La era de las cruzadas ha terminado".

Aquí está el punto esencial del relevo de Mac Arthur, que no puede ser confesado. Mac Arthur se había empeñado en combatir al comunismo, a todo comunismo, fuera o no staliniano. Así lo dejó aclarado en forma terminante en un animado diálogo con el senador Fulbright en la sesión del 4 de mayo. "Yo pienso, decía Fulbright, que nuestro enemigo no es el comunismo sino Rusia imperialista". "En este concepto, responde Mac Arthur, yo estoy en completo desacuerdo con usted, senador". (*U. S. News*, 11.5.51).

Esta tesis no podía ser del agrado de las fuerzas invisibles que dirigen la actual política internacional y que son las mismas que han alentado y promovido el desarrollo del comunismo en el mundo. Cualquiera sea el pleito que estas fuerzas puedan tener con Stalin o con la Rusia Soviética, es claro que no es precisamente con el comunismo ni con Rusia, en cuanto comunista, con lo que están en desacuerdo. Y un jefe militar que emprendiera la campaña con esta consigna de acabar con el comunismo debía ser relevado. Y este relevo podía ser el precio bien pagado para llegar, si no a un acuerdo, al menos a una tregua, recíprocamente beneficiosa para ambos contendientes. Por esto, regocijo de Rusia con el relevo de Mac Arthur, y días después, "ofrecimiento del gobierno comunista de Corea del Norte del arreglo pacífico del conflicto". (*Democracia*, 16.4.51). Pero los políticos de Washington han sabido moverse con extremo disimulo y habilidad.

UNA POLITICA MANEADA

Cuando publicamos "Stalin y la Alta Banca", descartábamos los comentarios con que los desaprensivos habrían de formular —no sin disimulado regocijo— el cambio de opinión de PRESENCIA. *Si hubiéramos sentido necesidad de modificarla, no sabemos por qué habríamos de ocultarlo. Pero no ha sido necesario. Para dejarlo en evidencia reproducimos aquí parte de nuestro editorial del 11 de agosto de 1950,* Las Dos Espadas, *en el cual señalábamos las mismas debilidades de la política norteamericana, cuya denuncia sorprende ahora a los "desmemoriados". (N. de la R.).*

Los Estados Unidos tienen en su mano los recursos económicos, militares y políticos para cumplir una grande y decisiva campaña contra los planes del materialismo comunista. Sin embargo ni proyecta ni pone en movimiento una campaña de esta calidad y envergadura. Y aquí cabe preguntar: ¿quién, y con qué propósito criminal, traba en los Estados Unidos la fuerza de su poderío para que se emplee con acierto? ¿Quién traba su acción para que ponga en ejecución un plan verdaderamente acertado de ayuda efectiva a los países atrasados o semiatrasados? Porque si hemos de expresarnos con franqueza, la política económica cumplida por los Estados Unidos en los países de Latinoamérica, por ejemplo, lejos de haberse llevado en la línea enunciada, se ha conducido en una completamente opuesta, generadora de aversión y de odio.

Entendemos que hay grupos y fuerzas en Estados Unidos, encaramadas en posiciones cumbres de la vida nacional, que tienen aprisionado a aquel país y no le permiten ni ver ni realizar lo que mejor conviene a sus legítimos intereses y, sobre todo, lo que mejor conviene al bienestar del mundo. Lo que sucedió durante la guerra última, en que un grupo de consejeros y de colaboradores aconsejó a Roosevelt la política más ventajosa para las ambiciones criminales de la Rusia Soviética y más desastrosa para el Occidente Cristiano, se repite igualmente ahora. Si entonces Rusia Soviética se adueñó de la Europa oriental, extendiendo las fronteras de su imperio materialista hasta las márgenes del Danubio y del Elba, si luego Estados Unidos desamparó a China y la entregó en las manos rapaces del lugarteniente de Stalin, Mao-Tse-Tung, hoy pareciera que su acción financiera y económica estuviera destinada a acarrearle los odios de todos los pueblos.

Así como no se comprende política tan torpe y criminal en lo económico y financiero, tampoco se comprende la política del Departamento de Estado con respecto a España. Cualquiera sea la opinión que pueda tener una persona responsable con respecto al régimen político español, el hecho cierto es que España es la única nación de la Europa continental que está en condiciones de luchar contra el comunismo soviético. ¿Cómo se explica que el Departamento de Estado americano se obstine en cerrar los ojos a esta realidad y no se determine a hacer una política de buenas relaciones con España? ¿Cómo es posible que Acheson se oponga a la sugestión del Senado de que Estados Unidos proporcione a España tanto ayuda militar como económica? (*La Prensa*, 3.8.50).

Una mano criminal se ha de estar moviendo para encaminar la política americana hacia el desastre e incendio de los pueblos por parte del comunismo soviético.

No queremos entrar en mayores detalles sobre este aspecto. Pero las denuncias del Senador Mac Carthy sobre la infiltración comunista en las grandes reparticiones gubernamentales de Norteamérica no sólo son creíbles, sino que sería ingenuidad pensar que podría acaecer lo contrario. No sólo porque el espionaje es un arma eficacísima de lucha sino porque no se debe olvidar que el gran capitalismo financiero judío de los Estados Unidos es aliado del comunismo soviético. La gran Banca judía internacional, radicada en Estados Unidos, la Banca Kuhn, Loeb and Co., que hace treinta años giraba con un capital de 22.000 millones de dólares, ha financiado el comunismo soviético. A. Netchvolodow en su libro, difícil de encontrar pero del cual obra en nuestro poder un ejemplar, *L'Empereur Nicolas II et les Juifs* (Etienne Chiron, 1924, Paris), demuestra cómo Jacobo Schiff, jefe de la Banca Kuhn, Loeb and Co., adelantó fondos al Japón para la guerra con Rusia; cómo Schiff entregó dinero para la propaganda revolucionaria entre los prisioneros de guerra rusos en el Japón; cómo Schiff exigió en 1911 del presidente de los Estados Unidos Taft que denunciara el tratado de comercio con Rusia y cómo entró en lucha abierta con él a este propósito y obtuvo sobre él la victoria; cómo el 14 de febrero de 1916 los revolucionarios rusos residentes en Nueva York fueron informados de que Jacobo Schiff les entregaría fondos para hacer la revolución en Rusia; cómo Schiff, de acuerdo a la relación secreta del alto comisario francés en Washington a su gobierno, entregó, en la primavera de 1917, subsidios a Trotzky para establecer el bolchevismo en Rusia.

Si el capitalismo judío internacional que opera en Estados Unidos ha financiado la implantación del comunismo en Rusia, a nadie podrá sorprenderle que continúe trabajando para su implantación mundial. La política de ciertos sectores americanos aparece muy comprometida con el comunismo soviético. La *United Press* (21.III.50) da la noticia de que varios senadores republicanos atacaron violentamente la política de Acheson, reprochándole la deportación del espía ruso V. Gubitschew, que confesó y fué condenado a 15 años de prisión, la que eludió con la deportación. Y la misma *United Press* (21.III.50) da cuenta de que el senador Kenth Wherry exigió la renuncia de Acheson, por ser un "personaje sumamente peligroso para la seguridad nacional".

Lo que los pueblos aguardan hoy de Estados Unidos compromete la responsabilidad de esta nación. Pero, desgraciadamente, el comunismo opera con tan grande astucia en el interior de este pueblo que hasta ahora la universal expectativa ha sido defraudada.

Una tan súbita aceptación del ofrecimiento de paz los habría dejado en descubierto y habría proporcionado argumentos a sus adversarios políticos que precisamente les enrostraban su política de apaciguamiento. Prefirieron rechazar toda conversación de paz y llevaron el asunto Mac Arthur al terreno interminable de una discusión estratégico política. ¿Conviene desarrollar una estrategia que puede determinar el estallido de la guerra con Rusia? Colocada en estos términos, la cuestión se hacía sumamente intrincada; sobre todo si a la autoridad indiscutible de Mac Arthur en el aspecto militar, se podía oponer la de Marshall, Bradley, Collins, Vandenberg. El desfile aparatoso de declarantes en una cuestión tan compleja y difícil para expertos —¿qué habríamos de decir del gran público?— no podía sino producir cansancio y requerir un punto final. Mientras tanto, el 18 de mayo, "Rusia sugiere oficiosamente a los Estados Unidos realizar nuevas conversaciones destinadas a poner fin al conflicto coreano y llegar a una solución de los problemas del Lejano Oriente". (*La Nación*, 19.5.51). El mismo cable señala la frialdad con que es recibido en Washington el ofrecimiento; pero ello no impide que, días después, "los Estados Unidos, Gran Bretaña y sus aliados inicien un nuevo estudio de las probabilidades de llegar a una pronta paz negociada en aquel territorio" (*ibid.* 4.6.51). Cinco días más tarde, Marshall hace una visita al Lejano Oriente



(*ibid.* 9.6.51). Se habla luego de una "declaración de las condiciones de paz en Corea, por parte de las Naciones Unidas, sobre la base de la elaborada en marzo último para el Presidente Truman y que tuvo que ser descartada cuando el Gral. Mac Arthur se adelantó invitando al comandante en jefe enemigo a iniciar conversaciones de paz" (*ibid.* 11.6.51). Este telegrama es sumamente sugestivo porque indicaría que el punto radical de disidencia entre la UN y Mac Arthur se habría producido en marzo, a propósito de las "condiciones" de paz. Sin duda que la paz de Mac Arthur excluiría todo viso de apaciguamiento, vale decir toda concesión que diera categoría de reconocimiento y de derecho al comunismo. Por esto, con el rechazo del ofrecimiento de paz de Mac Arthur de parte de China comunista (*La Nación*, 30.3.51), se produce el ambiente hostil a Mac Arthur y la visita de Auriol a los Estados Unidos, bajo la cortina de humo de "instar a los países de América a enfrentar la amenaza del comunismo". (*Democracia*, 1.4.51). Finalmente, excluída con gran habilidad la influencia de Mac Arthur, se inician las negociaciones de "la paz en Corea".

Es claro que en esta "paz" se han de oír dos voces discordantes. La una, la de Mac Arthur, que viene afirmando sostenidamente "que la política que siguen los Estados Unidos está trazada por personas que buscan el apaciguamiento en Corea y evidencian debilidad moral al hablar de pactar la paz" (*La Nación*, 14.6.51); la otra, la de los surcoreanos que sostienen que "no podrá haber paz en el mundo sin la seguridad en Corea, que es la fortaleza de la democracia en Asia" (*ibid.* 27.6.51), que "no aceptan la cesación del fuego en el paralelo 38" (*ibid.* 30.6.51) y que no considerarán "ningún plan, programa, curso de acción como teniendo efecto legal si está en conflicto con la soberanía nacional o la integridad territorial de la República de Corea" (*ibid.* 1.7.51).

El simple escalonamiento de hechos y de informaciones que se viene produciendo desde el relevo de Mac Arthur hasta la actual "paz" demuestra que nos encontramos ante una acción "dirigida" y "sincronizada". Un año de guerra para arribar al mismo punto de partida, el paralelo 38, pero con una víctima más en la tragedia de los pueblos, como fué señalado por Mac Arthur en el Senado, cuando dijo: "La tragedia de Corea queda recalcada por el hecho de que la acción militar quedó confinada dentro de sus límites territoriales. Esto condena a esa nación, que nos proponemos salvar, a sufrir los efectos devastadores de los bombardeos navales y aéreos mientras los santuarios del enemigo quedan plenamente protegidos de tales ataques y devastaciones. De todas las naciones del mundo, es Corea la única hasta ahora que se ha arriesgado a una guerra contra el comunismo. No cabe describir la magnificencia del valor y la fortaleza del pueblo coreano. Han preferido el riesgo de la muerte a la esclavitud. Las últimas palabras que me dirigieron fueron éstas: *Don't scuttle the Pacific*, No eche a pique el Pacífico. (*New York World*, 19.4.51).

Y con esta "paz", no habría que descartar que se haya de hundir el Pacífico en las aguas espesas y amargas del comunismo. La política de apaciguamiento —por mucho que sea camuflada en declaraciones amenazadoras contra la agresión— puede traer tras de sí, en un futuro no lejano, la entrada de China comunista en las Naciones Unidas, el repudio definitivo de Chan-Kai-Shek, la entrega de Formosa a Mao-Tse-Tung, y en definitiva, la criminal anexión de todo el Pacífico a los dominios de Stalin. Porque Mac Arthur ha dicho en términos intergiversables: "...la historia enseña con claridad inconfundible que el apaciguamiento engendra nuevas y más sangrientas guerras. No señala ni un solo caso en el que este fin haya justificado ese medio, en el que el apaciguamiento haya producido algo más que una paz postiza" (*ibid.* 19.4.51).



¿Por qué apaciguamiento y no paz?

Mac Arthur quería también la paz en Corea y en el mundo. Nosotros también queremos la paz. Pero una paz verdadera, que no consienta ni consolide la injusticia. El comunismo, cualquier comunismo, es por naturaleza injusto y agresivo. Por esto una paz verdadera con naciones comunistas debe basarse en la reparación de la injusticia. De la injusticia que cometen dentro de la propia nación en que domina la camarilla comunista y de la que cometen en las relaciones con los demás pueblos. Por esto cuando el actual Pontífice en su radiomensaje de la última Navidad formulaba votos para la paz, decía: "Vuelva a reinar en los organismos internacionales la confianza mutua, que presupone la sinceridad y la lealtad de las discusiones. Que se abran las barreras, que se rompan las alambradas, que se dé a cada pueblo libre acceso para conocer la vida de los otros pueblos, que se quite la segregación de algunos países del mundo civilizado, lo que es tan perjudicial para la causa de la paz". Esto es precisamente lo que el comunismo no quiere. Cuando pide o proclama la "paz", sólo desea el desarme de los demás para poder exterminarlos impunemente. Y si ahora consienta alguna "paz", será cobrándose algún precio por las injusticias cometidas, el que servirá para asegurarle la comisión de injusticias futuras.

Nosotros no sabemos cuáles son los planes concretos de los actuales directores de la política mundial. Pero vemos que vienen practicando una política de complacencia con el comunismo. La misma política que les entregó la Europa oriental y China. Unos mismos directores con una misma política, no pueden sino producir un mismo y único resultado. Hay un hecho real y es que Lenín y Stalin deben su actual poderío al favor de los gobiernos que parecieran ser sus terribles enemigos.

En nuestro artículo "Stalin y la Alta Banca" hemos explicado en qué y desde cuándo se ha producido el entredicho entre Stalin y los actuales directores de la política mundial. En nuestra opinión fundada en una serie de hechos suficientemente comprobados, Stalin durante la segunda guerra mundial se habría visto obligado a injertar en su política marxista algunas concesiones a los valores tradicionales y nacionales del pueblo ruso. Con ello habría infundido nuevo coraje a sus ejércitos, que obtuvieron un resonante triunfo sobre la *Wehrmacht*. Luego de acabada la guerra, la Alta Banca judía, que le había ayudado con material bélico, pretendía continuar cobrando el tributo de la ayuda a la Revolución del 17 y a la victoria contra Alemania. Stalin se resistió; y lo que es más importante se sintió fuerte para resistirse. Pero su negativa implicaba un rompimiento con los verdaderos empresarios y promotores del comunismo en el mundo. Parte de esta nuestra tesis acaba de ser confirmada por un excelente artículo de Cirille Wilczkowski, *L'Unité Russe et ses failles* (*Etudes*, février 1951), en el cual su autor muestra que "la amalgama staliniana ha hecho parasitar un marxismo sobre un patriotismo real y el despotismo totalitario sobre las tradiciones humanistas y libertarias de la civilización rusa" (*ibid.*, 158). Rusia profesa hoy lo que nosotros en otra ocasión y para otro caso hemos denominado un nacionalismo marxista. Por aquí se ha producido un conflicto con la Alta Banca judía y sus satélites, que son los verdaderos empresarios del comunismo.

Hay un hecho cierto y es que los Tres Grandes marchaban unidos hasta 1946. Y otro hecho cierto es que en 1950 se traban en lucha, al parecer, mortal. Pero aquí se plantea esta cuestión delicada. ¿De qué manera puede un empresario del comunismo obligar al dueño del comunismo mundial a volver sobre sus pasos y a entrar en la buena senda? Si le combate en su comunismo destruye su propia obra, tan costosamente adquirida. Presentarle como anticomunista, imposible, ya que sería negar la evidencia misma. De aquí la política contradictoria de los actuales directores de la política mundial. Porque deben movilizar los esfuerzos anticomunistas del mundo para someter a Stalin sin poner en peligro su comunismo.

En este hecho cierto, de que no hay modo de combatirlo a Stalin sino contando con las fuerzas anticomunistas del mundo, fundamos nosotros precisamente nuestra tesis de que hay que establecer una unión de pueblos con los Estados Unidos para combatir a Stalin y al comunismo. Nosotros sostenemos que aun en los términos en que se nos presenta colocada la lucha actual, se ha de tomar posición decidida y firme contra el comunismo staliniano. Porque este comunismo está allí con los pueblos que mantiene esclavizados, con los enormes crímenes que continúa perpetrando, y con la amenaza de destruir todos los valores de civilización y religión si logra expandirse por el mundo. La reciente pérfida condena de Mons. Grosz manifiesta que no ha declinado en lo más mínimo en su odio contra la Santa Religión.

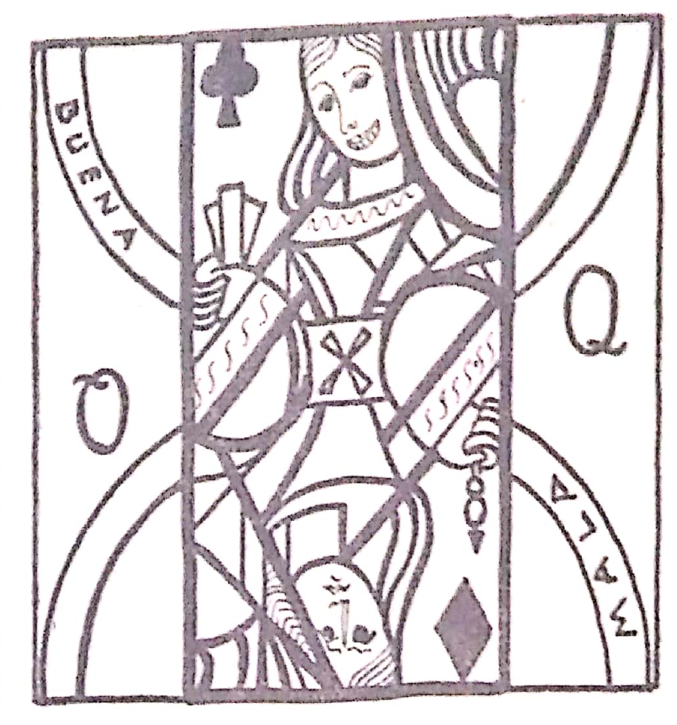
Contra estos crímenes de lesa civilización debe levantarse el mundo civilizado. Y la única posibilidad concreta —si hay una— es haciendo causa común con los Estados Unidos. Con los Estados Unidos, decimos, sin prestar atención a quien gobierna dicho país ni con qué fines. Porque cuando una nación se empeña en una empresa tan fundamental y radical como es la de una guerra total, por muchas que sean las traiciones que hayan de lamentarse, las realidades nacionales y humanas habrán de ser más fuertes que to-

das ellas. Porque aun cuando puedan ser aviesos los designios de los que empujen a los Estados Unidos a la guerra, ésta deberá ser promovida *contra el comunismo.* Y éste es el punto esencial que habrá de deshacer todas las maquinaciones de los que abriguen otros propósitos. Es un simplismo imaginar que porque la Alta Banca judía conciba propósitos determinados, ellos se cumplen siempre. La Alta Banca ha promovido la política frente-populista y aunque ésta le ha producido algunos buenos resultados, en definitiva le ha fracasado; ha querido manejarlo a Stalin y no ha podido; ha pretendido derrocarlo y tampoco lo ha conseguido; ha intentado someterlo con el reciente despliegue militar de Corea y no lo ha logrado.

Nosotros sostenemos que si la Alta Banca judía se ve obligada a organizar la tercera guerra mundial contra la Rusia soviética, lo hace contra su propia voluntad, ante la incapacidad de haber llegado a un acuerdo en el reparto pacífico del mundo; lo hace sobre todo sin poder prever cuál haya de ser el resultado de la empresa que, sin quererlo, se ve forzada a organizar. Porque una tercera guerra mundial sólo va a ser posible si los Estados Unidos toman conciencia de su vocación nacional e imperial. Vale decir, si toman conciencia de su propia personalidad. Esto se ha puesto ya en evidencia en el reciente caso de Mac Arthur. Porque, debido a la índole de los intereses en juego que se movían detrás de las bambalinas, la guerra en Corea debía ser una operación bélica "dirigida" desde Washington, con propósitos "reservados", que sólo podían ser conocido de los hombres de Washington. Pero se da el caso de que esa operación debe ser ejecutada por un militar de valor extraordinario, ajeno al secreto de los organizadores. Y este militar, hombre realista, comprueba a diario y sobre el terreno que las directivas que se le imparten desde Wahington son inadecuadas para obtener la victoria que debe necesariamente intentar toda operación militar. Y entonces reacciona y se rebela, y no se presta a ser "dirigido". Porque, dice, "in war there is no substitute for victory". En la guerra no hay sucedáneo de la victoria. (*New York World*, 19. 4.51). Y en consecuencia Mac Arthur debe ser relevado.

Momentáneamente pueden los hombres de Washington haber conseguido una victoria sobre Mac Arthur, vale decir sobre los intereses reales de los Estados Unidos y del mundo civilizado. Pero la política de apaciguamiento encierra una contradicción insoluble. Tan pronto como se vean obligados a combatir en serio a Stalin, se verán también obligados a combatir el comunismo y a combatirlo con apoyo de todas las energías anticomunistas de los Estados Unidos y del mundo. Porque esta lucha es verdaderamente total y a muerte. A los Estados Unidos y al mundo civilizado no les cabe otra alternativa que vencer a Stalin y al comunismo o ser por ellos devorados. No hay apaciguamiento. Hay paz. Pero la paz es la abolición del comunismo.

PRESENCIA



SOBRE MAC ARTHUR

Ahora que Mac Arthur se perfila en la política norteamericana como una figura de César, conviene considerar la actitud de este soldado frente a los principios cristianos. Al respecto el Padre Patrick O'Conner, capellán de las fuerzas que luchan en Corea, publica en el Catholic Transcript, de Connecticut, un artículo en primera columna que dice:

"La partida del General Mac Arthur elimina un constante y sincero defensor de los principios cristianos, en Japón y Lejano Oriente.

El día en que el armisticio fué firmado en la bahía de Tokio, hablando de la necesidad de paz en el mundo, el General Mac Arthur declaró: "El problema en su fundamento es teológico".

A través de la ocupación, sus resoluciones han recordado a los jefes japoneses, al pueblo y al personal aliado, la dependencia del hombre con respecto a Dios. Insistió a veces hasta chocar con los oficiales de corta visión del cuartel general, porque creía que una democracia duradera sólo era posible sobre un fundamento cristiano.

Pública y privadamente, mostró un verdadero deseo de favorecer el progreso de las misiones cristianas. Llevó al Japón a prominentes católicos para aconsejar en los problemas de educación, salubridad y trabajo. Puede citarse entre ellos a Monseñor Frederick G. Hochwalt, director del departamento de Educación de la Conferencia Nacional Católica de Bienestar; a Monseñor John P. Boland, director de la Oficina de Relaciones del Trabajo de Búffalo; al último "father Flanagan" de la ciudad de los niños, y a Roy J. Deferrari, Secretario General de la Universidad Católica de América.

A pesar de ser conocido como episcopaliano, el Gral. Mac Arthur no fué atraído aparentemente por los servicios religiosos de su confesión. No asistió a ninguna iglesia en Tokio, pero todos los días reza y lee las Escrituras con su hijo.

Los católicos del Japón recuerdan siempre agradecidos al General Mac Arthur a pesar de que no aprueban todo lo que se hizo bajo su administración. Objetaban que un miembro del Cuartel General había aconsejado públicamente el control de natalidad para el Japón, y dos meses pasaron antes de que el Comandante Supremo desaprobara el consejo. El Cuartel General culpaba exclusivamente a los japoneses por las leyes eugenésicas que daban una latitud sin precedentes para el aborto. Los católicos recuerdan sin embargo que el General Mac Arthur, después de haber repudiado la defensa del control de natalidad, incurrió en acerbas críticas por sostener que el Cuartel General no admitiría recomendaciones para la disminución de los nacimientos.

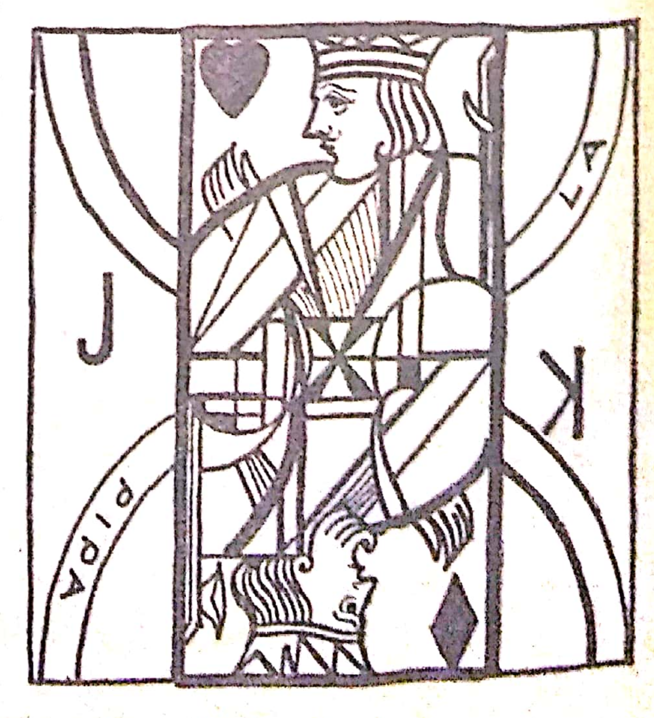
El General Mac Arthur intervino personalmente en enero de 1946 para que dos educadores católicos se incluyeran en la misión pedagógica llevada al Japón, y en otra oportunidad ordenó que se evitara toda traba burocrática que pudiera impedir la aparición de la edición japonesa del *Catholic Digest.* Escribió además un mensaje firmado para su primer número".

Continúa el Padre O'Connor enumerando otros beneficios que agradecen los católicos a Mac Arthur, entre ellos la orden de eliminar todas las leyes restringiendo la libertad religiosa, lo que pasó luego a la nueva constitución.

Anota también algunas observaciones políticas recogidas en el frente de Corea y en el Japón, y dice: "Durante los últimos diez años ejerció Mac Arthur una influencia única en el Lejano Oriente... demostrando grandes condiciones, además de las militares... Su retiro en la fase final de la extraordinariamente exitosa administración (*sic*) puede hacer peligrar los frutos de su trabajo. La gran mayoría de los japoneses sienten ahora simpatía por el General Mac Arthur a quien han aprendido a querer y respetar.

Muchos de sus críticos son gente de integridad y capacidad. No es un estigma para ellos hacer notar el hecho claro de que los comunistas japoneses, así como los de todo el mundo están contentos con su eliminación".

Termina el Padre O'Connor su artículo con esta observación: "Una gran parte de los ingleses también están contentos con el retiro de Mac Arthur. Es de hacer notar que desde los primeros días de la ocupación, mucho tiempo antes de la guerra en Corea, casi todos los ingleses a quienes he oído hablar sobre el General Mac Arthur, estaban en contra de él".



TRES LIBROS ESPAÑOLES

En un solo volumen, editado por Afrodisio Aguado en su colección "Más Allá", con el título general de "Sonetos de la Bahía y otros poemas", José Luis Cano ha reunido los tres libros que lleva publicados hasta la fecha, a saber: "Sonetos de la Bahía" (1942), "Voz de la Muerte" (1945) y "Las Alas Perseguidas" (1946).

A propósito de José Luis Cano, en el prólogo que la obra incluye, dice Dámaso Alonso: "¡Qué tierna mañana del mundo, que pura delicia evocan estos versos de un poeta del Sur, novio de su bahía!". Y en esto precisamente, en la *ternura* y la *pureza* que tan fielmente ha sabido señalar la fina percepción del crítico —y que nosotros distinguimos como constante de la temática, aquélla, y de la estructura formal, ésta— tenemos las dos características fundamentales del mensaje del poeta, quien ha logrado ya una significativa singularización entre los valores más recientes de España.

La ternura, en la obra de Cano, se da en virtud de que éste pertenece a ese tipo de espíritu que, cuando se refiere a un objeto, es porque en el sentimiento ya se halla confundido con él. No hay una sola composición, nos atrevemos a afirmar, en la que sea posible descubrir a Cano cantando algo desde afuera, como simple espectador. Todo le alcanza, de todo participa vivamente, todo le enamora. Y por eso pareciera que, en las estrofas, su voz va acariciando con suavidad y demora todos los seres y las cosas que nombra. Ahora, en lo concerniente a la pureza de los elementos formales, la misma se debe a que Cano sabe regular y disponer conscientemente la arquitectura según la intensidad del sentimiento. En dicha pureza hay una sabia y armónica correspondencia con la emoción particular de cada poema. Esto se evidencia de modo especial en los sonetos —sobre todo en los de carácter anecdótico— cuyos tercetos, contrariamente a lo que es general, no suben desmedidamente de tono respecto a los cuartetos sino que guardan con ellos una proporción muy equilibrada. Sonetos de una sola pieza, podríamos llamarles, atendiendo a la unidad formal-emocional que cada uno ostenta. Y lo mismo, también, en el caso de los alejandrinos y de los claros eneasílabos de que gusta.

Pero, ya que involuntariamente hemos mencionado lo anecdótico, valiéndonos del término exclusivamente como un medio de tipificación, veamos lo que al poeta sugiere el simple encuentro con una muchacha en algún andén del Metro:

Pero ante tu paso
yo sólo siento el éxtasis que debe [sentirse
ante la gracia lenta del ave más [bella que
recorría aquel paraíso
que habité un día ya lejano, y del [que sólo
recuerdo
alas y plumas, gráciles columnas, [labios
resplandecientes.

Es decir, que hasta lo más fugaz y breve, eso que apenas es válido para quien lo vive en el momento que sucede, en estos poemas trasciende y cobra universalidad, pudiendo ser gozado por todos en cualquier tiempo. Lo que, en definitiva, es el índice más revelador de la auténtica poesía.

Por logrado y digno, mucho de lo que José Luis Cano nos entrega ahora, habrá de figurar mañana en las antologías más exigentes.

Hasta hace algunos años, los poetas españoles y argentinos (los de valor, se entiende) mantenían un permanente contacto. Los nuestros iban a Madrid y a su regreso traían un acopio de noticias que aquí recibíamos con verdadero fervor; bajaban ellos a Buenos Aires y, de vuelta en su tierra, difundían con entusiasmo lo que entre nosotros habían visto y oído. Como es natural, el conocimiento mutuo engendraba a veces admiraciones y amistades perdurables, en ocasiones, también, y por cualquier motivo, suscitábanse encuentros y polémicas, decididos, ardorosos, como conviene que sean. Pero, invariablemente, a través de todas las circunstancias, el resultado era el mismo: la aproximación de valores de uno y otro país, con el beneficio consiguiente para los amantes de la poesía en ambos. Después, desdichadamente, las razones de la guerra y otras razones dividieron a los españoles. Respecto de ellos —y con ellos— nosotros también nos dividimos. El puente, entonces, quedó roto. Los nuevos valores que en las dos riberas fueron surgiendo, así, se dieron ajenos, sin relación alguna. Nadie supo en adelante nada de nadie, salvo aisladamente, perdidamente. Tiempo triste.

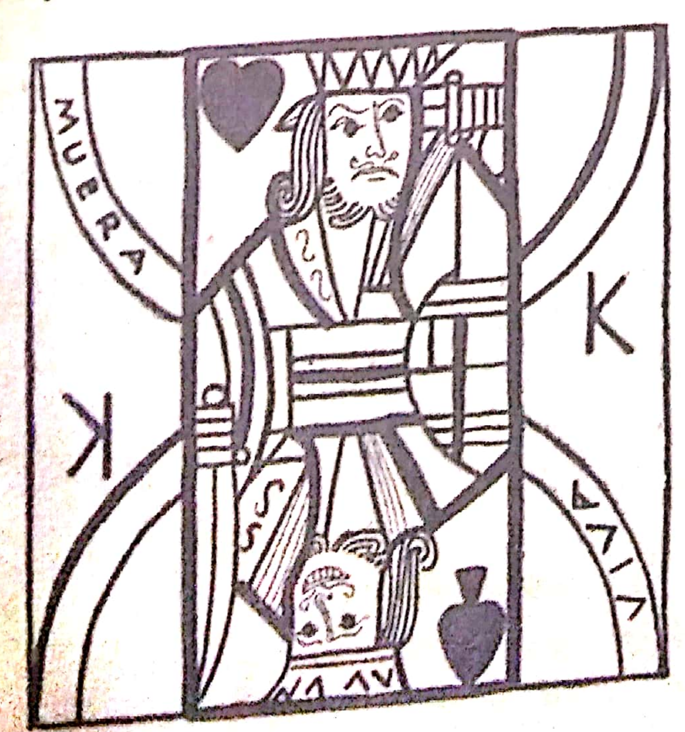
Ahora, luego de un largo período —sobrepuestos ellos a la conmoción, lo que no significa necesariamente que se hallen conformes con sus consecuencias, y nosotros con una disposición más comprensiva, acaso por haber llegado a problemas muy similares—, las promociones actuales, afortunadamente, retornan al antiguo camino de la búsqueda mutua. Hay necesidad de estar juntos, aquí y allí los signos comienzan a evidenciarse, y la voluntad de acercamiento día a día se robustece, sobre todo de parte de los escritores y artistas, mal que les pese a los que así no lo desean. Tal es, y Dios quiera que se afirme, la realidad del presente.

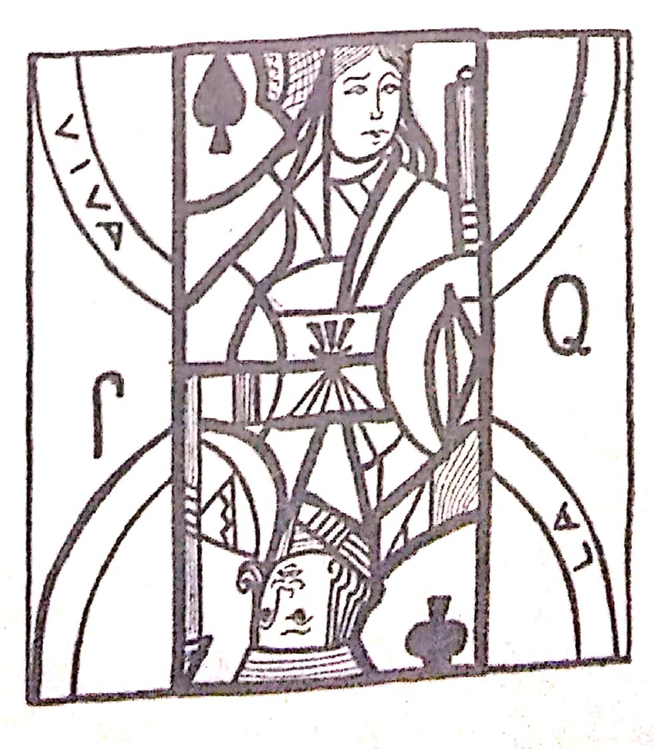
Como una prueba más de este fenómeno que se viene operando, aquí tenemos este libro de José María Alonso Gamo, editado en Madrid, cuyo título no podría ser más expresivo y revelador: "Tres poetas argentinos". En sus páginas, el autor considera extensamente las obras realizadas, respectivamente, por Leopoldo Marechal, Ricardo E. Molinari y Francisco Luis Bernárdez, quienes a nuestro entender, si se incluye también a Jorge Luis Borges, son los exponentes más altos de la poesía argentina, desde Lugones a hoy.

El trabajo de Alonso Gamo, aunque merece toda nuestra simpatía y aplauso por el espíritu que lo anima, no alcanza, con todo, mirado imparcialmente, la jerarquía que exige todo intento crítico para que pueda ser considerado como tal. Acaso su intención no haya sido ésa precisamente y tal vez el libro responda sólo al deseo de exteriorizar la admiración que siente por las obras de que trata. De cualquier manera, justo es dejarlo sentado, la impresión general que sigue a la lectura no es otra que la que suelen provocarnos ciertas glosas felices, ciertas aproximaciones líricas.

Desde luego, ello no excluye que en algunos aspectos estas páginas contengan aseveraciones de gran exactitud. Por ejemplo, en el enfoque dedicado a Marechal, que es el más logrado, muy bien visto está aquello de que, en su poesía, hay una acentuada preponderancia del pensamiento sobre el sentimiento. Bastante certero, también, el estudio que hace del uso del adjetivo en el mismo autor. En la parte dedicada a Bernárdez, al referirse a su sencillez expresiva y a sus procedimientos reiterativos, apunta algo que, por su importancia, juzgamos que merece ser transcripto para que se recuerde. Dice textualmente: "Yo he pensado muchas veces en ello y me he preguntado si en esta reiteración, llena de reminiscencias bíblicas, no habrá, aun sin quererlo el poeta, un secreto designio que se le impone para que pueda llegar de una manera más directa al corazón de su pueblo". El concepto atiende, es evidente, al mensaje absolutamente católico que encierra la poética del autor de "El Buque".

Al ocuparse de Molinari, en cambio, y pese a que en él reconoce a nuestro poeta de más acusada personalidad, Alonso Gamo no consigue darnos una sola línea eficaz, reduciéndose a enumerar temas, elementos, etc. Lo que, precisamen-





te por tratarse de nuestro lírico más profundo y del que mayor influencia está ejerciendo, no puede resultarnos convincente ni mucho menos.

Pero esto no disminuye en nada la significación del libro de Alonso Gamo. Su aparición, que nos ha dado un gran júbilo, ha de contribuir a la difusión de tres obras que, por su calidad, merecen realmente ser conocidas por el mayor número posible de lectores. Con lo que la edición se justifica plenamente y el elogio, de nuestra parte, no puede ser retaceado.

El premio "Adonais" de Poesía, que anualmente se discierne en España bajo el auspicio del Instituto de Cultura Hispánica, y que es uno de los certámenes de mayor jerarquía en dicho país, acaba de ser conferido al libro "Dama de Soledad", del que es autora Juana García Noreña. El jurado que otorgó tal distinción, correspondiente a 1950, estuvo integrado por Gerardo Diego, José Luis Aranguren, Florentino Pérez Embid, José García Nieto y José Luis Cano, quienes eligieron el volumen de entre los ciento cuarenta presentados.

Según las noticias que tenemos, hasta el momento de ser laureada Juana García Noreña era totalmente desconocida en los círculos literarios, pues no solamente no había publicado libro sino que ni siquiera había dado a conocer poema alguno desde ninguna revista. Su nombre verdadero es Angeles Barbolla, nació en Llanes (Asturias), vive en Madrid y al presente tiene veinticuatro años de edad.

Llamará la atención de los lectores, sin duda, que en una reseña de este tipo consignemos datos referentes a la autora misma, lo que por lo general ni se acostumbra ni despierta mayor simpatía entre nosotros. Pero, digámoslo de entrada y sin rodeos, en este caso lo juzgamos interesante y, más que interesante, necesario, pues nos hallamos ante una de las revelaciones juveniles más notables que se han dado en los últimos tiempos en nuestro idioma.

No nos referiremos, al hacer tal afirmación, al desborde de vida, experiencia y sentimiento que hay en los poemas de "Dama de Soledad". Si la poesía ha de darse como resultado de una sobreabundancia espiritual, forzoso ha de ser que, al hablar de una obra que consideramos poética, la vida, la experiencia y el sentimiento, que configuran dicha sobreabundancia, se den por descontados. Lo que motiva nuestro juicio, en cambio, radica en otra cosa, en algo tan fundamental como lo anterior para la vigencia de un libro: la medida en que el mismo objetiva ante los lectores el fenómeno que le dió origen, o sea, en otras palabras, su poder de comunicación.

¡Cuánta riqueza, en esto, la de Juana García Noreña! Su expresión, inmediata y ceñida, nos enfrenta desde el primer instante con todo ese mundo de soledad y amor que ordena su temática. Precisa, despojada, su voz se desenvuelve en los moldes consagrados con una sencillez, una facilidad y un acierto que, como alguien apuntara, hacen pensar nomás en un raro privilegio. Contrariamente a la modalidad que hoy priva, en estos poemas no se busca llegar a cada ser o a cada cosa a través de la sugerencia; los seres y las cosas se nombran en primer término, valen por sí mismos y, como en rigor debe ser, es partiendo de ellos que el sugerir se impone. Cuando se establecen, las relaciones de términos muy pocas veces constituyen una aclaración o una simple extensión conceptual; los objetos aquí se unen para descubrirse unos a otros, mutuamente. Por eso las imágenes aparecen como inéditas, luciendo un tono imprevisto que les da un señalado vigor.

Veamos, para corroborar lo que antecede, uno de los sonetos, el titulado "Niño a Caballo":

Un niño va a caballo. La llanura
se extiende hacia el azul del cielo. Paso
sola también, también hacia el ocaso,
y el potro me galopa la cintura.

Arde la sierra al sol en cada altura,
y yo en la ausencia de tu sol me abraso.
Cerca de aquí te di a beber mi vaso
con el agua primera niña y pura.

Suena la tierra, suena golpeada,
Suenan las piernas tersas del verano
heridas por la planta enamorada.

Niño a caballo solo por el llano,
la pluma, abandonada de mi mano,
y yo apresando el aire, el hijo, nada...

La muestra es demasiado elocuente y nos exime ya de toda alabanza. Queda para cada cual, entonces, el acercarse por sí mismo a este manantial hondo y seguro que es "Dama de Soledad". De nuestra parte, las gracias a Juana García Noreña por tan magnífico presente. Y que siga fiel —lo más que podemos desear— al hermoso destino que tiene asignado.

Jorge Vocos Lescano.

TARAS CHUPRYNKA

De "Ucrania Libre" reproducimos esta información sobre la muerte del General Taras Chuprynka-Schujewych, Comandante en Jefe del "Ejército Guerrillero Ucranio", que con tanto heroísmo hostiga el poderío del Kremlin. El Occidente, y sobre todo el Occidente de pueblos católicos, debiera experimentar vergüenza de su cobardía frente al heroísmo de los guerrilleros ucranianos. (N. de la R.).

El pasado año mensajeros secretos de la organización de resistencia hicieron llegar desde Ucrania una noticia que electrizó al mundo occidental:

"El 5 de marzo de 1950 cayó heroicamente en su cuartel general en el pueblo de Bilohorsha, cerca de Lviv, capital de la Ucrania Occidental, el Comandante en Jefe del UPA (Ejército Guerrillero Ucranio), General Taras-Chuprynka-Shujewych, en lucha contra las tropas comunistas del MWD. El mencionado general desempeñaba asimismo los cargos de Jefe de la OUN (Organización de Nacionalistas Ucranios) y de Presidente del Secretariado de la UHWR (Consejo Supremo Pro-Liberación de Ucrania). El coronel Wasyl Kowal asumió el mando supremo de la resistencia ucraniana antisoviética. La lucha continúa".

Esta escueta comunicación añadió el nombre de un mártir más al número de los que han ofrendado su vida por Ucrania: Petlura, Konovaletz, Lypkiwskyi y Scheptytzkyj. Un rudo golpe no sólo para los ucranianos, sino para todos los residentes tras la cortina de hierro y que están ligados a Ucrania por la comunidad de su destino, la lucha común por la libertad. En doloroso duelo están especialmente aquellos miembros de las fuerzas de resistencia de las naciones dentro del Bloque Antibolchevique de Naciones, que sienten el orgullo de haber combatido codo a codo con sus compatriotas en el frente fundado por Chuprynka. Todas estas naciones han abatido sus banderas en prueba de gratitud y admiración sobre la tumba de este héroe de la lucha ucrania por la libertad. El general Chuprynka no murió únicamente por su patria, Ucrania; su muerte concierne a cada uno de nosotros, y para que los frutos de su sacrificio no se pierdan, nos sentimos impelidos a jurar que no cejaremos, ahora menos que nunca, en el camino emprendido, hasta que la cruzada por la libertad nacional y la independencia haya logrado la victoria definitiva.

Tal vez el Occidente considere suficiente registrar esta ardiente señal de peligro en nuestro oscuro horizonte y pasar luego al orden del día. Componendas con el enemigo mundial en el Kremlin y mantener la "paz" a costa de la vida y la libertad de nuestro pueblo, están todavía al orden del día. Una "paz" que obliga a ejércitos rebeldes a luchar desesperadamente por la libertad y que permite que agentes de la tiranía fusilen a héroes como Taras Chuprynka por el delito de haber defendido el derecho a la libertad y a la vida de sus compatriotas, es una deshonra para nuestro mundo civilizado.

EL DRAGON Y LA POLITICA

Recuerda Plutarco en un pasaje de las *vidas paralelas* de Agis y Cleomenes la fábula del dragón cuya "cola movió pleito a la cabeza, "porque quería guiar alternativamente y a las veces, y no siempre seguir a ésta, y habiéndose "puesto a guiar, ella misma tropezó por no saber conducir, y lastimó a la cabeza, precisada a seguir contra el orden de naturaleza a una parte ciega y sorda".

Como todas las fábulas ésta encierra enseñanzas, entre otras, la de la necesidad de la jerarquía, del orden, del mérito, de la aptitud, de la responsabilidad. Ella extrae de la realidad misma una respuesta a la panacea de la igualdad matemáticamente absoluta de los hombres, soñada, en todos los tiempos, por los embaucadores de la *edad de oro*. Es esa realidad viva el mejor argumento contra esta lucubración [illegible] en la que convergen el mesianismo hebreo, el iluminismo moderno y el socialismo contemporáneo. Pero el mundo es ambiente de virtud y de vicio, de bien y de mal, de verdad y de mentira; por tanto, el veneno de la igualdad ha sido, es y será una especie circulable. Y la pregunta que Platón pusiera, en la República, en boca de Sócrates, a saber: "¿Piensas, acaso, que un hombre que no sabe medir puede dejar de creer de sí mismo que es alto cuatro codos, cuando lo oye decir a muchas otras personas?", se formulará continuamente incluyendo su implícita respuesta. Pues el hombre es proclive al bien y a la verdad pero también se inclina a no medir sus aptitudes, a aspirar a aquello para lo cual no tiene méritos.

Esa evasión del hombre de la esfera que le es propia es cosa de permanente repetición en la historia política. Los países acusan el fenómeno con mayor o menor intensidad según las circunstancias. Nuestro país, por ejemplo, ha sido arrebatado en la última década por el entusiasmo desorbitado de la participación multitudinaria en los negocios públicos. Discernir entre lo

PRESENCIA

Aparece el 2º y 4º viernes de cada mes.

Dirección y Administración:

Venezuela 649 — T. E. 30 - Catedral - 2846

Se imprime en casa de Don Domingo E. Taladriz, San Juan 3875, Bs. Aires.

Precio del ejemplar	$	1.50
Número atrasado	"	2.—
Colección 1949	"	30.—
Colección 1950	"	30.—
Colección encuadernada 1949	"	50.—
Colección encuadernada 1950	"	50.—
Suscripción anual (20 núm.)	"	30.—

que es causa y lo que es efecto en tal asalto es materia que por abundante, y peligrosa al juicio, merece comentario aparte. Pero aquello que está a las miras de quienes ven —especialmente ahora— es que la intervención de *cualquiera* en el manejo político de nuestro Estado implica que la cola mueva pleito y guíe a la cabeza del dragón y estropee a ésta y a sí misma; esto es, que el desorden compita con la irresponsabilidad y la alteración de las jerarquías naturales con la inseguridad de cada uno de los ciudadanos, por consiguiente, de la comunidad.

Es un hecho —y no opinión— que en los últimos años de la vida del país los argentinos se han visto puestos, como de sorpresa, en la preocupación intensa de los problemas políticos. No hubo obstáculos para esa inmersión multitudinaria en el delicado manejo de los intereses públicos; al contrario, se les facilitó el acceso en toda forma. El esquema, llevado a la práctica, que instrumentalizó esta transformación social no podía sino consistir en que cada ciudadano reúne méritos para todo y tiene aptitudes para desempeñarse en cualquier parte. Cada argentino fué persuadido de que mide cuatro codos sin que su despistada inteligencia y su aparente bienestar material opusieran reparo alguno. Aquello que el demoliberalismo predicó académicamente (¡aún lo hace!) hoy es, lisa y llanamente. Pero es tal como debe ser todo esquema antinatural puesto en práctica; desordena, corrompe, esteriliza.

Por otra parte, existe una suerte de principio constitutivo de la convivencia política con el que tropieza toda transformación social. El principio consiste en la gravitación de las instituciones legítimas de toda clase, alcanzadas por anteriores generaciones, en la nueva realidad. Si la transformación aprovecha ese alimento tradicional, generalmente, se robustece; mas si lo desperdicia, la anarquía es su desenlace. Así, por ejemplo, el orden y las potencias de la sociedad se afirman si en ella conservan vigencia estos valores: la prestación del servicio público desinteresado, el honor, la lealtad y dignidad de los dirigentes, el respeto privado y público, el libre ejercicio, racional, de las libertades ciudadanas, la amplitud crítica de la opinión pública, las garantías para la seguridad personal de los individuos, la debida selección por razón del mérito y la capacidad de los ciudadanos que desempeñan cada una de las actividades sociales, públicas y privadas.

Ahora bien; si aplicamos nuestra razón al esquema fundado en la posibilidad de una edad de oro real, tal como la predicaron y predican sus propugnadores, seguiríamos necesariamente la existencia de una correlación directa entre la participación multitudinaria en los negocios públicos, por un lado, y por otro, el ejercicio legítimo de los derechos cívicos, el afianzamiento de las garantías ciudadanas y el perfecto bienestar moral y material de la comunidad. Sin embargo no existe esa aparente correspondencia. Por el contrario, la historia enseña que la intervención de la multitud en el manejo de la cosa política entraña desorden e irresponsabilidad, inseguridad y desequilibrio, tanto entre los titulares de la autoridad cuanto entre los gobernados. El estado ambiente que genera este fenómeno coarta siempre la práctica de los derechos ciudadanos e impide el desarrollo de las virtualidades nobles y legítimas que pudieran subsistir en ellos.

Es decir: el engaño fundamental reside en la posibilidad de un bienestar real como efecto de la intervención de *cualquiera* (*este* o *aquél*, sin la debida selección) en el manejo del Estado. Las consecuencias de este engaño cuando penetra y persuade a cada uno de los ciudadanos es la anarquía. Los peligros para sus promotores materiales y para los ciudadanos mismos están en que entrados éstos en la anarquía, puestos junto a la realidad y advertidos por la evidencia de los hechos de que aquel bienestar prometido no puede existir, les resulta difícil percibir y obedecer a aquél que puede acertar en lo que les conviene y en lo que no les conviene. Los daños a la comunidad se vuelven infinitos.

TOMÁS INFANTE.

UN AÑO DE GUERRA EN COREA

El punto de vista sostenido en este artículo por su autor no coincide con el de la nota editorial del presente número. Con ello reiteramos nuestra vieja norma de que la responsabilidad de los artículos firmados recaiga exclusivamente sobre sus autores. Reconocemos de esta suerte la necesidad de mantener la libertad de opinión en las cuestiones perfectamente opinables. (N. de la D.).

A un año del estallido bélico, la situación parece retrotraerse a su punto de partida. El paralelo 38, atravesado en junio de 1950 por los nordcoreanos para unificar a su país bajo el signo soviético, es considerado ahora por los diplomáticos del mundo comunista, como un límite aceptable entre los dos bandos que se disputan la preponderancia en Asia. Y los representantes de la opinión mayoritaria en la UN, que habían condenado la agresión, y parecían decididos a resistirla y aprovecharla para libertar a Corea del yugo colectivista, se resignan a no castigar la agresión, y dejar las cosas como estaban antes de que ella se produjera.

Esta sorprendente, aunque tranquilizadora, evolución, ocurre a poco de terminar en el senado de Washington la investigación sobre el despido de Mac Arthur, procónsul norteamericano en Asia durante diez años, y primer generalísimo del primer ejército teóricamente internacional que se haya formado en nuestro tiempo. Dicha investigación puso de relieve circunstancias que no estaban de acuerdo con la iniciativa tomada por la UN al intervenir en Corea. Pues los órganos más autorizados del Estado norteamericano revelaron que su país no estaba aún en condiciones de afrontar una guerra general. Y sin embargo el riesgo de un conflicto de esa especie estaba implícito en la decisión que llevó a los yanquis, junto con otros contingentes de las Naciones Unidas, a resistir la agresión comunista en Corea. Pero por su parte los comunistas no parecen considerarse tampoco preparados aún para provocar una conflagración mundial, puesto que han tomado la iniciativa de invitar a la concertación de un armisticio. Y así llegamos al año del estallido coreano asistiendo al cese de una lucha que se temió como prolegómeno de una inminente guerra atómica.

En el primer artículo que dediqué a la grave crisis condicioné mi pronóstico sobre la forma en que podría evolucionar al grado de preparación que creyesen haber alcanzado las dos potencias llamadas a ser principales beligerantes en una eventual contienda mundial. Y los sucesos han despejado en parte la incógnita que a ese respecto existía en los factores de la situación dada hace un año. Creo que la propuesta de armisticio formulada por Malik revela una evidente inferioridad en el campo soviético. Teniendo los comunistas la iniciativa, como indudablemente la tienen (debido a las trabas políticas que entorpecen la estrategia occidental), no es de presumir que renunciaran a un éxito total, si pudieran obtenerlo perseverando en la acción iniciada a mediados de 1950. Sobre todo cuando el desistir de ella satisfacen los más fervientes anhelos de la opinión prevaleciente en el bando opuesto. En efecto, salvo Mac Arthur, cuyo juicio no es nada despreciable en verdad, los principales voceros militares del mundo occidental no consideran aconsejable dar prioridad al frente del Pacífico sobre el del Atlántico. Liddell Hart, máxima autoridad en la materia, ha escrito hace poco que Norte América debía evacuar Corea, y trasladar las aguerridas divisiones que hicieron allí varias notables campañas, al Oeste de Europa, con lo que ésta quedaría a cubierto de toda probable agresión comunista; y que el Cercano Oriente sería para un contraataque una zona mejor que aquella. (*Paris-Match*, Hebdomadario parisién, 24 de febrero de 1951). Tiene que haber sido muy fuerte la tensión creada en la China roja por las enormes pérdidas sufridas, para que a tan poco tiempo de los anuncios hechos por los jefes norteamericanos en el senado de Washington, sus adversarios les den la razón. El Pentágono y la Secretaría de Estado oponían a la estrategia riesgosa de Mac Arthur la convicción de que la defensiva desalentaría al enemigo; y así ha sucedido. Pero esa situación no se habría producido si Rusia se hubiese considerado asaz preparada para la guerra general.

Que Norte América lo estaba desde hace un año (pese a las declaraciones de todas las autoridades que rebatieron a Mac Arthur) me parece indudable. Pues no es de suponer que se lanzara a resistir la agresión, con riesgo de provocar un conflicto mundial, si estaba menos preparada de lo que dice estarlo ahora. Lo que pasa es que Norte América y sus aliados de Occidente no pueden asumir la responsabilidad de desencadenar la guerra atómica sin antes agotar todos los medios de evitarla. Recuérdese los prodigios que debió hacer Roosevelt para hacerse atacar por los japoneses, pese a la decisión con que había provocado reiteradamente a las naciones del Eje.

La ventaja que el armisticio, por el mero hecho de realizarse, da al bando occidental, haría impensable que Rusia lo ofreciera, si no encerrase peligros muy graves para su más aparente beneficiario. Puede ser: 1) una astucia comunista para lograr la evacuación de Corea

por las fuerzas de la UN, y luego ocuparla toda sin disparar un tiro; 2) un juego, para cesar el hostigamiento en un lugar y reproducirlo en otro; ó 3) una política calculada para desarmar al arsenal de Occidente.

El primer riesgo parece cubierto por la advertencia de Mr. Acheson, de que cualquier treta por el estilo de la que hemos encarado como posible, provocaría el estallido de la contienda mundial. El segundo, donde quiera que se produjese, sería menos grave que el superado mediante la resistencia a la agresión en Corea. El tercero es el verdaderamente peligroso. Pues como lo he explicado varias veces en estas columnas, el craso error cometido por los comunistas después de 1945 consistió en despertar a los yanquis, cuando querían dormirse sobre sus laureles; y una actitud soviética, de apariencia pacifista, llevada por el Kremlin durante varios años, podría repararlo, y resultar catastrófica para Occidente a la vuelta de una o dos décadas. Porque Norte América, con su actual sistema económico y político no podría soportar indefinidamente la preparación de la guerra, para no hacerla a plazo más o menos breve.

Con todo, el desenlace a que asistimos es alentador. La agresión comunista, si no castigada, ha sido neutralizada. Y si son evidentes los peligros que la astucia oriental puede reservar a las fuerzas que amparan nuestra civilización, no lo es menos que el Soviet no se salió con la suya; y que sus problemas internos pueden ser tanto o más graves que los de las naciones capitalistas en un prolongado período de tensión prebélica sin guerra.

Por otra parte, la política norteamericana, que tantos sarcasmos provoca entre los jactanciosos, no es tan deficiente como parece a primera vista. Cierto, es más vacilante de lo que fué durante el siglo y medio que vió su descomunal expansión del Atlántico al Pacífico, hasta conjugar la mayor parte de un continente con un solo Estado, fórmula de la grandeza contemporánea. Pero eso se explica. Pues aquella etapa de su desarrollo estuvo inspirada por ejemplos de sus fundadores, establecidos en la época más afortunada para una empresa como la que plantearon los Washington y los Jefferson, mientras la que se halla en curso en estos momentos, sobre enderezarse a un objetivo menos fácil como el de la preponderancia mundial, se inició en condiciones menos favorables, y más dependientes de la voluntad de sus promotores. Pero ya los precedentes sentados por Roosevelt, aunque tachables de los muchos defectos que acompañan a todos los éxitos, son bastante ilustrativos como para que sus continuadores obtengan iguales o mayores éxitos que los cosechados por aquél.

En ocasión próxima dedicaré a la política exterior de Roosevelt un estudio que cada día se hace más indispensable, a la luz de lo que los sucesos del día aclaran sobre ese pasado tan reciente.

Julio Irazusta.

MAC ARTHUR Y EL COMUNISMO

Creemos de interés para nuestros lectores el diálogo entablado entre algunos senadores y Mac Arthur y que pone de manifiesto la voluntad de lucha contra el comunismo que anima a este esforzado militar. Lo reproducimos del U. S. News *del 11.5.51. (N. de la R.).*

Sesión del viernes, 4 de mayo

Senador Mac Mahon. Usted ha dicho, General, que la decisión a que ha de hacer frente esta nación debe ser global en su naturaleza. Como yo lo veo hay tres cuestiones, fundamentalmente, en la estrategia global: ¿Quién es el enemigo principal en su opinión?

General Mac Arthur. El Comunismo, en mi opinión.

M. M. Cuando usted habla de comunismo se refiere usted al de la China roja, o al del Kremlin?

M. A. Quiero significar al de todo el mundo, incluyendo al del interior de muchos de los magníficos países democráticos del mundo.

M. M. ¿Dónde está, General, la fuente y el cerebro de esta conspiración?

M. A. ¿Cómo podría saberlo?

Sesión de la tarde

Senador Fulbright. Usted es un hombre influyente, General. Ha estado en el Lejano Oriente, ha estado al servicio público mucho más tiempo que yo; pero muchos de nosotros en esta comisión creemos que es nuestro deber formarnos nuestras propias opiniones sobre cosas acerca de las cuales no tenemos conocimiento íntimo. Yo sólo estaba requiriendo su opinión como ciudadano.

Usted nos ha ofrecido un programa muy positivo que es parte del programa global de combatir al comunismo. Me parece sin embargo que es absolutamente necesario, por lo menos para nosotros, considerar ambos aspectos de la cuestión.

Se ha referido usted a la necesidad de combatir a los rusos y resistirlos en Europa tanto como en Asia. Usted expresó una gran confianza en que podemos resistirlos con éxito en todos los frentes.

Uno de los elementos importantes, según nos ha dicho el Estado Mayor, es la cuestión de Yugoeslavia. Usted ha dicho en su observación, que no estaba al tanto del grado de comunismo que hay en Yugoeslavia. Se nos ha hecho entender que es substancialmente comunista, y aún 100 % comunista.

¿Constituiría eso alguna diferencia en su opinión con respecto al hecho de que debamos o no ayudar a Yugoeslavia?

General Mac Arthur. Ciertamente que sí. La cuestión de los conceptos y filiaciones políticas de nación, es un factor importante para determinar si se la puede tomar como aliada o no. Yo ignoro la situación presente en Yugoeslavia, Senador.

F. El Congreso ha sido informado, y la Comisión ha hecho saber al senado que son comunistas, que el Sr. Tito es comunista. Y sin perjuicio de ello, hemos votado ayuda. ¿Usted cree que el hecho de ser comunistas es suficiente para impedir nuestra ayuda a Yugoeslavia?

M. A. No desearía emitir juicio al respecto, Senador.

F. Usted ha declarado antes del almuerzo algo que me interesa. Dijo en contestación a una pregunta del senador por Connecticut que el enemigo —y es importante creo, que tratemos de identificar al enemigo— es el comunismo.

M. A. Es correcto.

F. ¿Cuál es su concepto sobre el comunismo? quiero decir si es el comunismo de Marx y Engels, o es el comunismo como lo practica el Kremlin, o ¿qué es lo que significa con ello?

M. A. El comunismo tiene varios factores. La gran amenaza en lo que es llamado actual comunismo es la tendencia imperialista o la codicia de poder más allá de sus propios límites geográficos.

Es un esfuerzo para esclavizar al individuo a los conceptos del Estado. Es el establecimiento de la autocracia que exprime todas las libertades que tanto valoramos.

Ahora, cuando usted ayuda a una nación comunista contra otra nación comunista, acepta naturalmente ciertos riesgos definidos. Cuales sean esos riesgos depende de los elementos del caso. Yo no tengo tales elementos.

Si hubiera alguna duda, yo diría que se deberían recoger esos hechos. Ustedes han tenido al General Eisenhower y al Estado Mayor, y han tenido a otros a quienes incumbe la responsabilidad. Ustedes actuaron, aparentemente. Yo no veo que mis opiniones puedan afectar esa acción de ninguna forma o manera. No tengo opiniones al respecto, excepto las opiniones generales de un lego.

F. Lo que estoy tratando de hacer, en cuanto no afecte tal acción, es aclarar en mi mente —y espero también en la de los otros miembros de la Comisión— bueno, no digo espero sino que creo que están interesados, y están probablemente tan a oscuras como yo sobre alguno de estos puntos.

Yo no he pensado que nuestro enemigo fuera el comunismo. Yo he creído que ante todo era Rusia, una Rusia imperialista. Esto es lo que me interesa.

M. A. En ese concepto, Senador, estoy en absoluto desacuerdo con usted.

F. Esto es lo que estaba tratando de desarrollar aquí.

M. A. Ocurre que el Soviet es comunista, pero si usted piensa que el comunismo está limitado a Rusia, estoy en completo y total desacuerdo con usted.

F. No dije que estaba limitado a Rusia, pero diría que, si la nación que no tiene vinculación con Rusia, en realidad, está en antagonismo con ella; no veo porqué, como en el caso de Yugoeslavia, no sería en beneficio nuestro ayudarla. En otras palabras, me parece que la actual inseguridad del mundo viene del imperialismo de Rusia, primariamente. ¿Para usted es así?

M. A. Ya he expresado mi opinión al respecto.

En vista de las crecientes dificultades a que se ve ceñida en su impresión, circulación y financiación esta hoja, hemos resuelto suspenderla hasta días más propicios. A los subscriptores, con quienes tenga cuentas pendientes nuestra administración, les enviaremos *Cuadernos de Estudios Universitarios*, revista estrictamente cultural, que será editada próximamente por el Colegio de este mismo nombre.

La Dirección.

SUMARIO